

Política
y
sindicatos

Karl Kautsky

Valencia, enero de 2019



germinal_1917@yahoo.es

Política y sindicatos, Karl Kautsky,
Publicado en 1900 en alemán bajo el
título: *Die Neutralisierung der
Gewerkschaften* (La neutralización de
los sindicatos), en *Die Neue Zeit*, 1900.
- 18.1899-1900, 2. Bd.(1900), S. 388-
94,429-33,457-66, 492-7.

Versión al castellano desde *Politique et
syndicats*, V. Giard & E. Brière
Libraires-Éditeurs, París, 1903;
traducción al francés de Camille Polack

Índice

Prefacio a la edición francesa	3
I.....	5
II.....	10
III	15
IV	24

Prefacio a la edición francesa

El trabajo que se va a leer apareció en una serie de artículos en el *Neue Zeit* hace dos años, en un momento en que la cuestión de la relación entre el partido socialista y los sindicatos se estaba debatiendo con gran entusiasmo en Alemania. El establecimiento de este *modus vivendi* es un problema de la mayor importancia en todos los países capitalistas, pero la cuestión no se plantea de la misma manera en los distintos países, y admite las más diversas soluciones. Creo que es útil constatarlo aquí para evitar cualquier malentendido. Porque lo que sé sobre los sindicatos franceses es suficiente para demostrarme que el problema de la neutralidad sindical es absolutamente diferente en Francia y Alemania: los argumentos presentados a favor o en contra de la neutralidad en Alemania no se aplican necesariamente a Francia.

La diferencia esencial entre Francia y Alemania a este respecto me parece que radica en el hecho de que en Francia la neutralidad es más bien una cuestión de *organización*, en Alemania una cuestión de *propaganda*.

En Alemania, a excepción de una minoría insignificante, socialistas y sindicatos coinciden unánimemente en que los sindicatos como organización deben ser absolutamente independientes de los grupos políticos del partido socialista. Esto es necesario porque en la mayoría de los estados alemanes, a pesar de algunos reblandecimientos parciales en los últimos años, las leyes sobre asociaciones siguen siendo muy estrictas para los grupos políticos en la actualidad; sabemos que, por ejemplo, no se permite que las mujeres y los menores sean miembros. Si los sindicatos quieren escapar de todas estas medidas restrictivas, deben permanecer al margen de la política. Pero hay consideraciones de hecho que son mucho más decisivas. La función de los sindicatos es absolutamente diferente de la de los partidos políticos; una unión estrecha entre los dos organismos pondría en peligro a ambos y dificultaría a cada uno de ellos el cumplimiento de sus tareas.

Pero a pesar de la organización completamente independiente de los sindicatos, existe el acuerdo más estrecho entre ellos y el partido socialista. La mayoría de las veces, son los mismos hombres los que están agrupados en ambas organizaciones. Los socialistas son los mejores miembros de los sindicatos, y casi todos los miembros realmente activos son también buenos socialistas.

Aunque la cuestión de las relaciones *organizativas* entre el Partido Socialista y los sindicatos está fuera de discusión en Alemania, me parece que en Francia esta cuestión es extremadamente controvertida. Se proponen las soluciones más divergentes; mientras que muchos quieren poner a los sindicatos en absoluta dependencia, desde el punto de vista de la organización, de los grupos políticos socialistas, los otros defienden no sólo la *independencia* de los sindicatos de las organizaciones políticas, sino incluso la *oposición* a ellas, y no ven la acción sindical y la acción política como dos aspectos del mismo fenómeno (la lucha de clases del proletariado) sino como dos fenómenos diferentes e incompatibles.

Vista desde una perspectiva *propagandística*, el tema toma un aspecto completamente diferente. Algunos sindicalistas socialistas alemanes no están satisfechos con la independencia de los sindicatos del partido socialista desde el punto de vista organizativo. Siguen pidiendo a los miembros de los sindicatos socialistas que

se abstengan de cualquier manifestación socialista dentro de los sindicatos, que hagan su propaganda socialista en otros lugares, porque esto alejaría a los elementos no socialistas de los sindicatos. Esta es la base de la tesis neutralista que se discute en este trabajo. Por lo tanto, no tengo que examinar aquí los argumentos, ni su valor. Sólo tengo que señalar que, que yo sepa, esta pregunta no existe para los socialistas franceses. Al menos no conozco a ningún socialista francés que haya afirmado alguna vez que deberíamos tratar de ganarnos a los sindicalistas *amarillos* para los sindicatos de lucha de clases proscribiendo de los sindicatos y de la prensa sindical cualquier propaganda socialista que pudiera herir o asustar a los *amarillos*.

En este punto creo que reina la unidad más completa entre los socialistas franceses.

Y me complace ver que también en Alemania el concepto de neutralidad, al que nos oponemos en las páginas siguientes, no ha echado raíces. El proletariado militante en Alemania tiene la idea socialista demasiado en la sangre como para no encontrarla y manifestarla en todas sus acciones a pesar de todos los estallidos transitorios de tibieza política. La discusión que dio origen a los artículos aquí traducidos tiene sólo dos años de antigüedad. Pero en el reciente congreso sindical de Stuttgart el espíritu socialista dominó tan completa y abiertamente como en cualquier congreso del partido socialista. La inmensa mayoría de los congresistas no dejó ninguna duda al respecto: para ellos, los sindicatos sólo tomarán medidas útiles a través de un acuerdo armonioso con el partido socialista. Para facilitarlos, el Congreso de Stuttgart trasladó la sede del Consejo General de la Federación de Sindicatos de Hamburgo a Berlín, donde también se encuentra la sede del Comité Ejecutivo del Partido Socialista.

En cierto modo, este folleto está obsoleto. Las tendencias contra las que estoy luchando aquí han perdido mucho terreno y ya no desempeñan ningún papel en la vida sindical alemana. Hay muchas razones para esperar que no recobren fuerzas en un futuro cercano. Los sindicatos ingleses, de los que se reclamaban, apenas han podido servir de modelo en los últimos años. Ellos mismos están tratando de salir de la neutralidad en la que se habían quedado atrapados. En realidad, no es muy fácil para ellos deshacerse de ella, pero cuanto más difícil es para ellos, menos puede su ejemplo comprometer a otros a seguir sus pasos, y a ir, conscientemente de sí mismos, a lanzarse al pantano.

A pesar de todos los cambios que han ocurrido en los últimos dos años, no tengo nada que cambiar en mi folleto. Me encuentro en una situación particularmente agradable al ver que estos cambios confirman por sí mismos la tesis de este folleto.

Berlín, 21 de junio de 1902
Karl Kautsky

I

Cuando se examina la legitimidad de una reivindicación, primero es necesario buscar sus raíces psicológicas. A menudo se reconoce que una reivindicación que parece estar basada en principios generales y que resulta de la naturaleza misma de las cosas, en realidad refleja una situación histórica particular y, al igual que ella, tiene sólo un carácter transitorio.

Parece natural atribuir el malestar actual en Alemania a favor de la neutralización sindical a las mismas causas que durante algún tiempo en Inglaterra hicieron que los sindicatos perdieran interés en la acción política. Cuando los sindicatos se fortalecen, siempre hay una tendencia a anteponer los intereses profesionales a los intereses de clase, y a separar claramente la agitación sindical del movimiento de clase, que a fuerza de particularismo acaba paralizándose. Los períodos de prosperidad industrial favorecen, evidentemente, la agitación laboral e incluso tienden a relegar al movimiento político de clase a un segundo plano. Esto es particularmente cierto en Inglaterra. En 1837 comenzó la agitación del cartismo al mismo tiempo que la crisis económica, y hasta 1842, no dejó de crecer. Luego vinieron los años de prosperidad y el cartismo retrocedió; el número de suscriptores de la *Northern Star*, su órgano, cayó de 50.000 a 5.000, la crisis de 1847 revivió la agitación de los cartistas, pero el cartismo recibió el golpe final con la bancarrota de los movimientos revolucionarios de 1848 y la era del libre comercio que siguió al prodigioso desarrollo industrial de esa época. Y los sindicatos, cuyo debilitamiento había coincidido con la edad de oro del cartismo, reanudaron un nuevo auge a partir de 1850. “El período comprendido entre 1825 y 1848 fue notable por la frecuencia y la violencia de las crisis comerciales. Pero a partir de 1850, por el contrario, el progreso de la industria fue durante unos años [hasta 1874], mayor y más constante que en el período anterior” (S. y B. Webb, *Historia del tradeunionismo*). Fue en ese momento cuando se crearon los modernos sindicatos *neutrales*. Luego vino la larga crisis después de 1874, durante la cual el movimiento socialista se reanudó en Inglaterra, mientras que el movimiento sindical permaneció estacionario. El Sr. y la Sra. Webb calcularon 28 sindicatos: el número de miembros, de 1870 a 1875, aumentó de 145.530 a 266.321, y de 1875 a 1885, aumentó de 266.321 a 267.997; en 1880, sólo contaban con 227.924 miembros. Fue en esta fecha precisa cuando nació el nuevo partido socialista inglés y su poder pronto creció. Cuando, finalmente, hacia 1890, comenzó una nueva era de prosperidad, el *nuevo sindicalismo*, en sus primeras etapas, se mantuvo aún completamente bajo la influencia del socialismo, el viejo espíritu sindical no tardó en disputarle rápidamente de nuevo el terreno en los nuevos sindicatos. He ahí de dónde resulta probablemente esa oposición entre el movimiento sindical y el movimiento socialista.

No importa cuán rápido crezcan los sindicatos, nunca llegarán a englobar a la totalidad de los obreros. “El movimiento sindical probablemente nunca se extenderá más allá de lo que podría llamarse la aristocracia de la clase obrera”, dice Bernstein (en el epígrafe de la edición alemana de la *Historia del tradeunionismo* de Webb, página 448): una opinión que suscribimos plenamente, así como esta otra de la misma página: “sería utópico que la clase obrera creyera que es posible su emancipación o incluso una mejora sería de su destino a través de la acción exclusiva de los sindicatos”. En 1892, el Sr. y la Sra. Webb estimaron que el número de trabajadores sindicalizados en Gran

Bretaña e Irlanda era de un millón y medio, mientras que la industria emplea a 17.000.000 de personas en estos países, incluyendo al menos 10.000.000 asalariados. Así que en esta tierra prometida de los sindicatos, la gran mayoría de los asalariados aún no están sindicados. Pero si la organización sindical proporciona ventajas innegables a los obreros sindicalizados, sin contribuir a alzar a la masa de obreros, tiene necesariamente como consecuencia acentuar la diferencia social entre los sindicalizados y no sindicalizados y hacer de los primeros una clase privilegiada superior a los demás.

Si también tomamos en cuenta las ventajas concedidas por la burguesía a estos obreros privilegiados, es fácil entender que antepongan sus intereses profesionales a los de su clase, juzgados por ellos como inferiores, es fácil entender que son incluso hostiles al movimiento de clase del proletariado, si la burguesía les hace comprender que esta agitación de clase puede comprometer su movimiento sindical al quitarles las simpatías burguesas.

Por otro lado, la parte más inteligente de la burguesía estará más dispuesta a hacer concesiones a esta aristocracia obrera, ya que se ocupará más exclusivamente de sus intereses profesionales y a medida que se haga más evidente la imposibilidad de detener el ascenso de la clase obrera persiguiendo a sus organizaciones. Si el proletariado ya no se deja dominar por la violencia, lo único que queda ya que oponerle es la política de *divide et impera*; se tratará de dividirlo para dominarlo, un resultado que, bajo determinadas circunstancias históricas, se obtendrá con la mayor facilidad favoreciendo a las organizaciones sindicales de la aristocracia obrera.

Todo esto se sabe desde hace mucho tiempo; basta con recordarlo brevemente aquí. Por lo tanto, es muy natural creer que, si en este momento en Alemania aspiramos a neutralizar a los sindicatos, es bajo la acción de las mismas causas que han dado al antiguo sindicalismo inglés su carácter particular. Los principales elementos de esta evolución son los siguientes: estábamos hasta entonces en un período de prosperidad que ya dura desde hace algún tiempo, los sindicatos se están desarrollando en Alemania de manera prodigiosa, y no faltan los círculos burgueses que les están concediendo ventajas, imaginando que basta con importar la moda inglesa a Alemania para hacer que el movimiento de clase proletaria, el partido socialista, sufra el destino del carisma inglés, o al menos para castrar a nuestro partido y transformarlo en un partido de reformas democráticas al estilo del radicalismo inglés. No faltan las protestas de amor de estos reformadores burgueses, desde Berlepsch hasta Sombart, ni los llamados intentos científicos de demostrar una vez más que la teoría de la lucha de clases, el marxismo, está muerta, bien muerta y enterrada.

Si bien reconocemos la acción de estos factores, que obviamente desempeñan un cierto papel, creemos que tienen una influencia muy limitada en el actual movimiento a favor de la neutralidad de los sindicatos. Aparte de la unión de impresores, y quizás también de los fabricantes de vidrio, sería difícil mencionar otro sindicato alemán que pueda decirse que muestre la necesidad de un aislamiento aristocrático. Tampoco creemos que en el actual movimiento sindical alemán existan semillas latentes de evolución reaccionaria, en el sentido de lo que ha ocurrido en Inglaterra. La historia no puede repetirse, y la situación que dio al sindicalismo inglés su carácter particular entre 1850 y 1874 nunca se repetirá.

En la propia Inglaterra podemos ver que los sindicatos están empezando a dudar de los beneficios de la neutralidad, y la prueba más sorprendente de ello es la reunión en Londres el 27 de febrero de 1900 de la *Great Labour Conference* (Gran Conferencia del Trabajo), que debía inaugurar la acción conjunta de los sindicatos y las organizaciones socialistas. Estuvieron representados: el *Independent Labour Party* (Partido Laborista Independiente) con 13.000 miembros, la *Social-democratic federation* (Federación

Socialdemócrata) con 9.000 miembros, los fabianos con 861 miembros y 68 sindicatos con 544.000 miembros. Esta última cifra muestra con toda evidencia cómo de comprensivos son los sindicatos ingleses con la idea de abandonar la neutralidad.

Por último, en algunos países en los que el movimiento sindical y el partido socialista llevan mucho tiempo estrechamente unidos, no vemos ningún deseo de separar los dos movimientos: por ejemplo, en Bélgica, Austria y Dinamarca. Explicaremos este fenómeno al final de este artículo; simplemente señalemoslo aquí.

La actual tendencia neutralista en el mundo sindical alemán no es, por lo tanto, una manifestación particular de la evolución sindical moderna, sino, por el contrario, una excepción a la ley general de la evolución. Uno podría estar tentado a atribuirlo a la situación política particular de Alemania, si no se observara la misma tendencia en Suiza, en un país cuya organización política es muy diferente. La razón de este hecho debe estar, por tanto, en un fenómeno que, común a Alemania y Suiza, es ajeno a los demás países que hemos mencionado. Esta causa no es difícil de encontrar: es el papel particular que desempeña el trabajador católico en el movimiento obrero de Alemania y Suiza. Esta es la razón esencial de las aspiraciones neutralistas que actualmente expresan los sindicatos, no las tendencias reaccionarias que actuarían en la dirección del antiguo sindicalismo inglés. Estas tendencias existen en verdad también en nuestro país, buscan explotar las aspiraciones neutralistas a su favor, pero su acción no es decisiva y no le da al movimiento neutralista su carácter particular.

Al ultra-montanismo le gusta mostrarnos en la religión católica el único dique lo suficientemente resistente como para oponerse al torrente socialista. En una forma tan general, esta afirmación es absolutamente inexacta; en Francia, Bélgica, Austria, Italia, incluso el partido socialista está progresando más rápidamente que en la Inglaterra protestante. Sin embargo, hay algo de verdad en esta afirmación: el catolicismo es ciertamente un obstáculo para la propaganda socialista, y especialmente para un movimiento obrero independiente, allí donde es la religión de una minoría que, con razón o sin ella, se considera oprimida por la mayoría. Por lo tanto, es casi imposible que los irlandeses se conviertan en socialistas y los obreros católicos de Suiza y Alemania han obstaculizado considerablemente los movimientos socialistas y sindicales.

La razón es, al menos en parte, que en los países mencionados, los católicos generalmente ocupan territorios que están menos desarrollados económicamente. Las estadísticas profesionales de 1895 arrojaron para el Imperio Alemán:

por cada 100 personas empleadas había:

	Protestantes	Católicos
Agricultura	56,72	43,01
Industria	64,54	34,57
Comercio	65,78	28,21

Por lo tanto, los católicos están mucho más representados en las regiones agrícolas que en las regiones industriales.

Pero esta explicación no es del todo satisfactoria; algunas regiones católicas de Alemania son regiones muy avanzadas y, sin embargo, el partido socialista tiene la mayor dificultad para conquistarlas: por ejemplo, las del Rin. En estas regiones, el fenómeno sólo puede explicarse porque el catolicismo no es una religión estatal, es decir, una fuerza auxiliar de las clases dominantes contra las clases dominadas, sino más bien un órgano de resistencia de estas últimas contra la opresión desde arriba, y así gana la confianza de las masas explotadas al satisfacer su instinto de oposición.

Los obreros y la pequeña burguesía de la Alemania occidental católica, todavía tan democrática en 1848, no estarían hoy tan dedicados al ultramontanismo si, en 1866, la Austria católica no hubiera sido excluida de la confederación alemana, y si el Imperio Alemán fundado en 1871 no se hubiera convertido en una potencia protestante que se apresurara a hacer que los católicos sintieran su condición de minoría en el *Kulturkampf* de Bismarck, de la manera más brutal.

Desde entonces, los trabajadores católicos en Alemania (y también en Suiza, donde la situación es análoga) han constituido una gran masa proletaria que, si no se resiste completamente al movimiento obrero moderno, es mucho menos comprensiva que las clases correspondientes en los países protestantes. Conquistarlos y ganar a los trabajadores agrícolas son los dos problemas de propaganda más importantes que el Partido Socialista Alemán debe resolver en este momento, problemas que son mucho más importantes quizás que la conquista de los propietarios campesinos, que puede aplazarse con seguridad hasta que hayamos logrado resolver las dos primeras cuestiones.

De los 12.816.552 asalariados empleados en la agricultura, industria y comercio alemanes en 1895, había 5.627.794 trabajadores agrícolas (incluyendo 2.419.590 católicos), 2.122.267 trabajadores industriales católicos, 375.302 empleados de comercio católicos, en total más de 8.000.000 católicos y trabajadores agrícolas de un total de casi 13.000.000.

Son estos ocho millones de trabajadores los que deben ser ganados primero, antes de que sea necesario ponerse de acuerdo sobre la propaganda que se va a utilizar para atraernos a los campesinos propietarios. Sin embargo, para evitar cualquier interpretación errónea de que no todos estos ocho millones son votantes, también hay mujeres y niños. Cosa bastante sorprendente: en la población activa católica, el número de mujeres asalariadas es relativamente alto en la agricultura y bastante limitado en la industria.

en la agricultura, la industria y el comercio había:

	Obreros agrícolas	Obreros industriales
De cada 100 trabajadores católicos	26,00	34,88
De cada 100 trabajadoras católicas	55,16	17,17
<i>Por el contrario</i>		
De cada 100 trabajadores protestantes	21,75	36,03
De cada 100 trabajadoras protestantes	45,59	22,76

El número de trabajadores agrícolas masculinos ascendía a 3.239.646, el de trabajadores masculinos industriales católicos a 1.782.708, el de empleados comerciales católicos a 237.988, en total más de cinco millones de un total de 9.000.000 de trabajadores masculinos en las tres ramas principales de la actividad humana. Sin embargo, de estos nueve millones, hay al menos cinco millones de personas de una edad que les priva del derecho al voto: 3.859.000 tienen menos de 20 años de edad; la categoría de personas de 20 a 30 años incluye 3.861.000 hombres. Si se hace el mismo cálculo para los trabajadores católicos y los trabajadores agrícolas, se puede suponer que estos dos grupos proporcionan más de 2.500.000 de votantes y los otros empleados un poco más de 2.000.000.

Es necesario que el movimiento obrero moderno, tanto el movimiento político como el sindical, conquiste esta masa. No sólo para progresar y eventualmente dirigir a la mayoría, sino también para mantener las posiciones conquistadas; porque las masas de trabajadores industriales y agrícolas católicos se extienden como un torrente de este a

oeste, del campo y de las pequeñas ciudades a las grandes ciudades y a los centros industriales.

Entre los grupos profesionales para los cuales la conquista de los trabajadores católicos es particularmente importante, los mineros deben ser puestos en primer plano. Si en los tres grupos principales, agricultura, industria y comercio, los católicos constituyen el 37,5% del total de personas empleadas, en la minería son el 55%, en la agricultura son el 43,2%, en las industrias que utilizan piedras o tierra, canteras, cerámica, cristalería, etc., el 39,4%.

Pero si el partido socialista y los sindicatos tienen el mismo interés en ganar trabajadores católicos, hay sin embargo alguna apariencia de que estos intereses no son solidarios.

El ultramontanismo bien podría separar a los trabajadores católicos del partido socialista, pero no podría sofocar completamente los conflictos de intereses entre el trabajo y el capital en sus países. La necesidad de organizarse para luchar contra el poder excesivo del capital comenzó a manifestarse incluso entre los trabajadores tutelados por el partido católico, de modo que se vio expuesto a perder su clientela proletaria si no anticipaba sus necesidades organizativas.

Se han formado varias organizaciones profesionales entre los trabajadores ultramontanos (también de una manera más débil entre los trabajadores protestantes conservadores); sin embargo, estas organizaciones creadas enteramente bajo influencia clerical, muestran que los trabajadores católicos son más fáciles de ganar al movimiento sindical que al movimiento socialista. Pero, ¿qué les impide unirse a los grandes sindicatos ya existentes? Se nos dice: es su carácter socialista; que se les quite ese carácter, que se les haga neutrales, y se eliminará el obstáculo que mantiene a los trabajadores católicos alejados de los sindicatos. Se ganarán al menos por una parte del movimiento obrero moderno y se ganarán más fácilmente por la otra. La neutralización de los sindicatos es, por lo tanto, el requisito indispensable para el crecimiento del movimiento proletario en Alemania.

El razonamiento es absolutamente lógico y las tendencias neutralistas que se derivan de él tienen un carácter completamente diferente y son infinitamente más simpatizantes que las tendencias de los obreros aristocráticos a la manera inglesa y sus amigos burgueses. Sería un error confundir estas dos aspiraciones, aunque las apariencias sean las mismas y los razonamientos casi idénticos, incluso si el movimiento obrero aristocrático ganara más fuerza gracias a las concesiones otorgadas a los trabajadores católicos de lo que lo haría de otro modo. Lejos de querer que la neutralización separe algunas capas aristocráticas del movimiento común, queremos que aporte algunas capas al movimiento que se ha quedado atrás. No queremos dividir, sino unir.

Con estos resultados todavía no hemos indicado nuestra posición sobre la cuestión de la neutralización, pero hemos demostrado que es posible hablar de ella sin violencia ni amargura.

II

Es posible imaginar que en la situación histórica actual podríamos lograr una neutralización real de los sindicatos, esa es la cuestión que se tratará sobre todo aquí. Si tenemos que responder negativamente a esta pregunta, podemos evitar examinar las consecuencias de la neutralización, si, por un lado, ésta quitaría más fuerza de la que les daría, por otro.

Veamos la primera cuestión; se trata, ante todo, de definirla correctamente. Si los defensores de la neutralidad sindical sólo exigieran que estuvieran abiertos a todos los trabajadores de oficio, independientemente de sus creencias políticas o religiosas, estarían inmediatamente de acuerdo con ellos. Pero entonces no se habrían introducido nuevos principios en estos sindicatos “socialistas” que, en todo momento, se distinguían de las organizaciones cristianas y liberales en que no exigían a sus miembros que hicieran ninguna profesión de fe religiosa o política. La neutralidad consistiría a lo sumo en aconsejar a los miembros del sindicato que eviten en la medida de lo posible las fricciones innecesarias en sus relaciones con sus camaradas no socialistas. Es un consejo que se puede dar de vez en cuando, pero no es tan importante que deba debatirse públicamente, por no mencionar que precisamente en cuestiones de tacto no existe una regla general y no es fácil distinguir dónde se detiene la defensa legítima de la propia opinión y dónde comienzan los ataques innecesarios. Por mucho que sea deseable que nuestros compañeros en los sindicatos se abstengan de cualquier ataque violento por motivos religiosos o políticos, este concepto de ataque violento es elástico, cuando examinamos cada caso específico tomado en particular. Las resoluciones no cambiarían eso; todo depende de la madurez política y el autocontrol de nuestros camaradas, así como de las cualidades de sus camaradas de otras opiniones.

Así que no tenemos que discutir eso.

La principal cuestión de la neutralidad no es si los sindicatos deben estar abiertos a todos los trabajadores, independientemente de su religión u opinión política, sino si deben participar o no en la política. Sería difícil encontrar un oponente serio a la neutralidad que quisiera cerrar los sindicatos a los partidarios de ciertas opiniones políticas y religiosas y, entre los partidarios socialistas de la neutralidad, no hay nadie que sostenga que los sindicatos no deberían participar de ninguna manera en la política, incluso cuando las leyes lo permitan¹. Estos amigos de la neutralización sólo piden que los trabajadores hagan política de clase, política obrera, no política partidista. Por un

¹ La posición de Elm no es muy clara. En primer lugar, se queja de la “fácil resignación con la que Ströbel acepta que ni las mujeres, ni los estudiantes, ni los aprendices puedan unirse a las asociaciones políticas en Prusia”. Unas páginas más tarde afirma que “los sindicatos deben hacer política práctica de actualidad, pero no política partidista”.

Pero ninguna ley prusiana o de otro tipo sobre asociaciones distingue entre política práctica actual y política partidista; si al hacer política partidista un sindicato se convierte en un grupo político, lo mismo ocurre si hace política práctica actual. Mezclar la cuestión de la neutralidad de los sindicatos con la de su relación con las leyes modificables sobre las asociaciones sólo puede dar lugar a confusión. Se trata de dos cuestiones esencialmente distintas. Lo que lo demuestra es que la cuestión de la neutralidad ha surgido en Suiza, donde la otra cuestión no existe. Cada sindicato puede decidir si quiere o no ser un grupo político. No tenemos que discutir este punto aquí, donde se trata de la política sindical que los sindicatos pueden y siempre han hecho, incluso en Prusia, sin dar a sus organizaciones la etiqueta de grupos políticos; es esta política la que se hace principalmente en la prensa sindical y en las reuniones públicas.

lado, confían en los sindicatos ingleses, por otro, en los sindicatos patronales de todos los países que bien que hacen política, pero no en la política partidista, en la que hombres de la misma profesión, independientemente del partido al que pertenezcan, hacen la misma política. Nos aseguran que así es como los sindicatos ingleses se han fortalecido, que a eso le deben su poder los sindicatos patronales. Imitémoslos.

Estos dos ejemplos son, sin duda, muy atractivos. Pero no hay que olvidar, sin embargo, que a la hora de imitar al extranjero no basta con la buena voluntad, también es necesario que se den las condiciones previas que hagan posible la imitación, y entre ellas está sobre todo la ausencia de un partido socialista.

No debemos olvidar que el partido socialista es un partido de naturaleza muy particular, que no puede equipararse a los partidos burgueses. Es el partido de los asalariados, representa los intereses de los obreros, sin tener en cuenta los intereses de la propiedad. Las otras partes, independientemente de las diferencias que las separan, son todas partes de propietarios que sólo consideran los intereses de los trabajadores en la medida en que son compatibles con la propiedad privada.

Pero los dos ejemplos citados tienen en común que en ambos casos, el partido socialista no interviene en la cuestión de la neutralidad.

En Inglaterra, el partido socialista todavía no desempeña ningún papel en la batalla partidista.

Frente a las pequeñas diferencias entre la Inglaterra liberal y la conservadora, los sindicatos pueden permanecer indiferentes. Como mínimo, se puede considerar dudoso que persistirían en su indiferencia política si se formara un partido socialista tan fuerte como uno de estos dos partidos burgueses, si la actitud de los sindicatos se convirtiera en un apoyo importante de la cuestión, sobre quién recaería el predominio, sobre el partido de los trabajadores o sobre uno de los partidos capitalistas.

Las resoluciones de este Congreso de Londres del pasado mes de febrero, que ya hemos mencionado, no indican que los sindicatos ingleses se mantendrían neutrales en este caso. Los delegados de medio millón de sindicalistas acordaron con los delegados de los socialistas ingleses crear una organización especial para la selección de candidatos “reconociendo el programa y la táctica de agitación obrera y formando un grupo especial en el parlamento, independiente de los demás partidos políticos”. El comité ejecutivo de este nuevo órgano del partido político está formado por siete delegados sindicales y cinco delegados de organizaciones socialistas.

Se admitirá que estas resoluciones arrojan una luz bastante clara sobre la neutralidad de los sindicatos ingleses. En resumen, este es el comienzo de un movimiento obrero político autónomo en Inglaterra.

En cuanto a los sindicatos patronales, los socialistas no son tratados, que yo sepa, en pie de igualdad con los miembros de los partidos burgueses. Por el contrario, los ultramontanos, liberales, liberal-nacionales, están trabajando en ello en el marco del acuerdo más perfecto contra los socialistas. El punto en común de su política no partidista es precisamente la lucha contra el partido socialista.

“El sindicato no debe hacer ninguna preferencia entre los partidos”, dice *Deutsche Berg und Hüttenarbeiterzeitung*, nº 22 (diario de los mineros y fundadores alemanes). ¿Acaso piensa que las creencias de los herreros son tan proclives hacia los socialistas como lo son hacia los liberales y conservadores nacionales? Los sindicatos patronales sólo observan la neutralidad hacia los partidos capitalistas, pero en lo que atañe a los sindicatos obreros los defensores de la neutralidad exigen que se observe el mismo amor por los partidos capitalistas que por el partido de los trabajadores. ¿No demuestra esto de una manera sorprendente lo poco convincente que es la comparación entre la neutralidad de los sindicatos y la de los sindicatos patronales?

Nos entusiasmará la neutralidad de los sindicatos cuando el sindicato de herreros alemanes y el sindicato del carbón del Rin y Westfalia no traten a los socialistas de forma diferente a los demás partidos.

El ejemplo de estos sindicatos patronales como ejemplo de los sindicatos muestra cuán insignificantes, en términos de su actitud hacia los trabajadores, son las diferencias políticas que separan a los partidos burgueses, pero de ninguna manera prueba que un sindicato obrero deba estar animado por las mismas inclinaciones hacia los partidos burgueses que hacia el partido obrero.

Además, los sindicatos patronales, y en gran medida también los sindicatos ingleses, son empresas comerciales. Los sindicatos alemanes son algo más gracias al partido socialista bajo cuya influencia han permanecido hasta ahora. No se trata de organizaciones que sólo se proponen mejorar la situación económica de sus miembros, sino que también tienen en mente su desarrollo intelectual y organizan conferencias científicas, fundan bibliotecas, etc...

Si los sindicatos quisieran tener una política absolutamente neutral, tendrían que renunciar por completo a esta misión educativa. Ströbel, con razón, ya ha mencionado este punto. En Suiza, uno de los mayores obstáculos de la reciente campaña por la neutralidad fue la pretensión de los trabajadores católicos de retirar de las conferencias y bibliotecas sindicales todo aquello que pudiera chocar a un corazón verdaderamente católico.

La transformación de los sindicatos independientes en simples empresas comerciales es muy importante para nuestros economistas, tan “morales” ellos; pero el partido socialista “materialista” no desea en absoluto que se degraden de esta manera.

Tampoco quiere que los socialistas se conviertan en una minoría en los sindicatos, y mientras estén en la mayoría, la dirección de los sindicatos seguirá en manos de los socialistas. Pero los socialistas, si hacen política, sólo pueden hacer política socialista; pueden aliarse con trabajadores liberales y ultramontanos por el derecho de coalición, por ejemplo, pero para ello utilizarán argumentos socialistas y apelarán a la defensa de sus intereses ante los socialistas en los órganos legislativos y en la prensa.

Además, si la dirección sindical cayera en manos no socialistas, los sindicatos no harían una política neutral, sino una política antisocialista. El partido socialista desempeña actualmente un papel demasiado importante en todos los asuntos de los obreros como para que un representante de los obreros permanezca indiferente a ello.

Veamos a los dos sindicatos alemanes que han inscrito la neutralidad en su estandarte. La neutralidad de uno de los dos, la unión de impresores, es la neutralidad de tipo inglés; incluso conduce, como podemos ver en su órgano, a una declarada hostilidad contra el partido socialista. La neutralidad del otro, el sindicato de mineros y herreros, tiene una tendencia que ya hemos mencionado; va más allá de los deseos de los obreros católicos, más precisamente de los obreros ultramontanos. La política supuestamente neutral de esta unión es, si se examina más de cerca, sólo una política socialista, tímida por otra parte. Cuando se acusa a la *Deutsche Berg und Hüttenarbeiterzeitung* de no estar de acuerdo con las ideas de nuestro partido, no podemos asociarnos a esa crítica, al menos nuestro conocimiento del periódico no nos permite hacerlo. Las aspiraciones a la neutralidad sólo tienen un resultado: las convicciones socialistas de la redacción adoptan a veces formas particulares para no asustar a los lectores.

“La neutralidad [escribe, por ejemplo, en su último número ya mencionado] significa que debemos ser imparciales con todas las partes, incluso cuando tengamos

que luchar contra algunos de sus representantes, contra algunas de sus acciones, desde el punto de vista sindical.”

Para ser imparcial con todas las partes, es necesario no pertenecer a ninguna de ellas.

Eso es lo que no quiere la *Deutsche Berg und Hüttenarbeiterzeitung*, pero entonces esta imparcialidad objetiva está en una posición muy mala por más que se hayan llenado la boca con ella.

El sindicato neutral, dice el *Deutsche Berg und Hüttenarbeiterzeitung*, debe ejercer su crítica no contra los partidos, sino contra ciertos representantes, contra determinados actos de los partidos. Pero los representantes y actos particulares de los partidos no son fenómenos fortuitos; tienen su razón de ser en la naturaleza de los partidos. Y una política a largo plazo debe apuntar precisamente, mediante el estudio de los intereses de la clase y de la evolución histórica, a llegar a una comprensión de las relaciones necesarias que existen entre los fenómenos particulares de la vida partidaria. La política que descuida este punto, que considera a los representantes, a los actos particulares de un partido, sin vincularlos a todo el partido, a su desarrollo histórico, será, no una política neutral, sino una política ingenua, infantil, y recomendar tal política a los sindicatos, en lugar de “política de partido”, es degradar su política, es recomendar que renuncien en su actividad sindical a todo el conocimiento que han adquirido con su actividad partidaria. Pero esto es casi imposible, y entonces esta neutralidad está aconsejando realmente al miembro del sindicato socialista que muestre una ingenuidad política que realmente no tiene.

El artículo de fondo en el mismo número de la *Deutsche Berg und Hüttenarbeiterzeitung* nos ofrece un ejemplo: Nuestro camarada Sachse aspira al escaño de diputado en el Reichstag en Waldenburg en las elecciones. Como los menores de edad juegan un papel considerable en esta elección, la redacción de esta hoja considera que es su deber invitar a los votantes a elegir a Sachse. Eso es perfecto, pero ¿no es un acto político de un partido?

No, dice la redacción; porque no tiene ninguna palabra de recomendación para el socialista Sachse, recomienda al minero Sachse, al amigo de los obreros, y si lo recomienda, no es porque su competidor sea el candidato de los conservadores, de los liberales y de los ultramontanos, sino porque también es accidentalmente un enemigo de los obreros. Evita ansiosamente caracterizar a los partidos que propusieron a estos candidatos; es sólo a éstos a quienes da a conocer. Esto no es una política neutral, es una política de avestruces. El autor del artículo de fondo sabe muy bien que cualquier candidato socialista, sea cual sea su nombre y profesión, por el hecho mismo de pertenecer a este partido, defenderá a los mineros con más celo y firmeza que un candidato del centro, ¡e incluso del centro silesiano!, ¡pero decirlo sería hacer política partidaria! La neutralidad requiere obviamente que nos guardemos esto para nosotros mismos, y que nos organicemos de tal manera que parezca pura casualidad, cuando en un caso particular nos decidimos por el candidato socialista debido a sus cualidades personales.

Estos sindicalistas neutrales tienen al partido socialista en el corazón, igual que los demás compañeros; sólo que hacen como la amante del poeta:

*No me comprometas, mi querida niña
No me saludes “en el bulevar”,
Una vez que llegues a casa
Todo saldrá bien.*

Pero como las casas en las que se cita con la bella niña están abiertas a todo el mundo (cámara de los diputados, lugares de reunión públicos) se necesita mucha inocencia política para creer seriamente que no se pueda reconocer a un “buen amigo en el bulevar”.

Querer neutralizar a los sindicatos es básicamente mantener a sus miembros en un perfecto estado de inocencia política. Esta neutralidad consiste simplemente en lo siguiente: permanecer neutral en la teoría y en la práctica de la política partidista. “Uno” se deja guiar en el sindicato por las mismas ideas partidistas que fuera del sindicato; sólo en el sindicato uno llama política obrera esa misma política que acaba de llamarse política del partido socialista en una reunión electoral, ¡y uno apoya en el sindicato como amigo de los obreros al mismo candidato que recomienda en la reunión electoral como un hombre de partido probado y comprobado!

Si los sindicatos están involucrados en la política, los miembros de los sindicatos, al menos los mejores de ellos, aquellos con cierta madurez política, estarán constantemente involucrados en la política partidista. Si queremos prohibir esta política a los sindicatos, tendremos que condenar la política en general en los sindicatos y en sus órganos, tendremos que transformarlos en simples fondos de ayuda, en puras empresas comerciales. Entonces podemos ser neutrales, pero no necesariamente tendremos que serlo, porque hay sociedades de socorro (enfermedades u otros accidentes) socialistas y ultramontanas, etc. La política partidista penetra al obrero alemán hasta la médula ósea, determina todas sus acciones.

Es el partido socialista el que tiene menos razones para querer debilitar este poderoso interés político en el corazón del proletariado.

III

Fue Elm quien intentó por última vez exponer la política sindical de neutralidad al margen de cualquier partido. Esta política debe ser: “una política práctica actual”, “una pura política de intereses, no una política de partidos”. Esto está claro, especialmente cuando se imprime en letra grande, pero si se mira más de cerca, se reconoce que está abierto a tantas interpretaciones como la “política obrera”. Buscamos en vano la oposición entre “política de partido” y “política práctica actual” o “pura política de intereses”. ¿No puede un partido hacer la misma política, y no hace el partido socialista política de intereses, política actual, cuando trata con los intereses inmediatos de los trabajadores? ¿Fue otra política cuando intervino a favor del derecho de coalición, cuando intentó modificar la ley sobre el seguro de accidentes, cuando provocó una regulación marítima más satisfactoria, etc.?

Pero no cabe duda de que bajo los nombres de política práctica de actualidad y de política de puro interés también se pueda entender una política diferente de la política del partido socialista.

El partido socialista hace política de intereses, pero no sólo defiende los intereses de una profesión, o incluso los de toda la clase; también representa los intereses de la evolución general de la sociedad; incluso los pone en primer lugar, y se inclinaría a favor de ellos si debiesen entrar en conflicto con los de los obreros.

Hace política de actualidad, pero al considerar el momento presente, no pierde de vista el futuro. Su política es a largo plazo, y desdeña las pequeñas ventajas momentáneas que podrían obstaculizar el progreso, que amenazarían con frustrar la evolución del proletariado.

¿Cuál debe ser esa política de actualidad, esa política de intereses de los sindicatos? Esta es la pregunta decisiva a la que Elm simplemente responde: debe ser práctica y sin disfraces. “Los sindicatos presentarán sus ideas sobre política social y propuestas claras y precisas que servirán de referencia en sus congresos.”

Esto es cierto, pero no sabemos si cada sindicato establecerá un “programa de actualidad” en particular o hasta dónde se extenderá esa “actualidad”. Supongamos (y en esto podríamos estar de acuerdo con Elm) que la universalidad de los sindicatos elabora un programa que abarca todos los intereses de los trabajadores, un programa metódico y de largo alcance, tan útil para el progreso de la sociedad como para el del proletariado. Tal programa, por muy práctico que sea, no puede desarrollarse sin la ayuda de la teoría, es decir, sin la comprensión de las leyes del organismo social; debe basarse en una concepción determinada de la sociedad, y la incompatibilidad entre la concepción “colectivista” y la concepción “cristiana” o “liberal” estallará inevitablemente, aunque ignoremos el “estado futuro” y nos atengamos a las cuestiones prácticas de la época actual. La política de partido no es una invención arbitraria de unos pocos políticos de partido, sino que está íntimamente ligada a la concepción que uno tiene de la situación económica y de las necesidades del momento actual, y cada partido tiene una concepción económica particular y un programa económico particular. El Congreso de Zúrich de 1897 es muy instructivo en este sentido: estaba dedicado a la protección del obrero, era sólo un programa práctico de acontecimientos actuales y de pura política de interés, ¡y sin embargo había diferencias de opinión entre los delegados

cristianos y socialistas sobre las cuestiones del trabajo infantil, la limitación del tiempo de trabajo y, especialmente, sobre el trabajo de las mujeres!

Por lo tanto, los partidos políticos desempeñarán su propio papel en la configuración del programa actual de los sindicatos. Será muy diferente si emana de sindicatos socialistas o de sindicatos ultramontanos.

Pero no basta con escribir un programa, hay que aplicarlo, y para eso los políticos de partido se volverían indispensables. Elm también espera que el programa sindical reaccione significativamente a las relaciones mutuas de las partes.

“Pronto los políticos podrán sacar provecho de esta manifestación. El que no está con nosotros está contra nosotros. El partido en el parlamento que actúe en contra de las reivindicaciones obreras, entenderá por los votos que pierda en las próximas elecciones que los obreros han aprendido a salvaguardar sus intereses incluso el día de la votación.

Declararse oficialmente a favor de cualquier partido sería perjudicial para la política de intereses. (El efecto de las resoluciones aprobadas se reflejaría principalmente en el hecho de que las partes tendrían que adoptar una posición sobre el programa actual). A medida que aumente el número de obreros industriales, sus votos serán cada vez más necesarios para los partidos en las elecciones, y estos partidos tendrán que tener en cuenta voluntariamente las resoluciones de un gran congreso de sindicatos neutrales.”

Así que esa es la política electoral de Elm. Se me concederá que es un poco extraña. En las elecciones no votamos en contra de un partido u otro, sino a favor de uno u otro. Y si los obreros quieren que sus reivindicaciones triunfen, no se trata de esperar a que el partido que lucha contra ellos en el parlamento se dé cuenta de que está perdiendo votos, sino de llevar el mayor número de votos posible al partido que apoye vigorosamente sus reivindicaciones.

Elm asigna a los sindicalistas un papel completamente pasivo en las luchas electorales; “declararse oficialmente a favor de cualquier partido”, dice, “sería perjudicar la política de intereses. El efecto de las resoluciones se reflejaría principalmente en el hecho de que las partes tendrían que adoptar una posición sobre este programa de actualidad”.

No está muy claro cómo la segunda propuesta justifica la primera. La política de intereses exige que los miembros de los sindicatos se mantengan unidos, tan pronto como los partidos hayan adoptado una posición, con la que mejor represente su programa actual. Pero la neutralidad se superaría si la política práctica actual intentara intervenir eficazmente en la política de la época, y por eso los sindicatos no deberían tomar el camino que garantice la defensa más eficaz de su programa: por el contrario, una vez que lo hayan rastreado, ya no tienen que ocuparse de él y deberían dejar que cada miembro del sindicato haga con su propio movimiento lo que su instinto político le aconseje que contribuya a la ejecución política del programa.

En realidad, como afirma el propio Elm, esta política sindical seguiría siendo beneficiosa para el partido socialista. También lo pensamos por esta razón: en primer lugar, porque los miembros de los sindicatos no son niños; en política, si aceptan un programa, harán propaganda para el partido que lo defienda más enérgicamente en el parlamento; y, en segundo lugar, porque conocen muy bien a los diferentes partidos hoy en día. Pero si este es el caso, ¿es “la política de intereses y de actualidad”, “la política obrera neutral” algo más que una política socialista disfrazada? En la práctica, este disfraz no serviría más que para ganarse a los grupos de obreros católicos infeudados al ultramontanismo por el terror al socialismo, porque estos católicos pronto se darían cuenta de que la lucha política a favor del actual programa sindical favorecería al

partido socialista. Este miedo a reconocer abiertamente que la política de intereses no es más que la política socialista no promueve ni la moralidad ni la comprensión política en los círculos sindicales.

De hecho, los sindicatos pueden tener una política de intereses y de actualidad que no es una política socialista bajo una etiqueta diferente. Es una política de intereses que se ocupa exclusiva o casi exclusivamente de los intereses de los sindicalistas, poniendo en segundo plano los intereses del proletariado en general y los de la evolución social, suponiendo que se preocupa por ellos, defendiendo sin escrúpulos los intereses particulares de los sindicalistas, incluso a expensas de la sociedad en general.

La política actual también puede entenderse como una que recomiende que los miembros del sindicato no miren más allá de sus narices, que limiten sus ambiciones a lo que pueden lograr inmediatamente, sin preocuparse lo más mínimo del mundo del futuro.

Para caracterizar adecuadamente esta política de actualidad e intereses inmediatos, debemos llamarla la política del momento, la política de asuntos limitados. Ciertamente no es esta política la que Elm tiene en mente; sin embargo, parece que aquí y allá la confunde con la mencionada anteriormente. Sobre todo, puede compararse con la política empresarial de los sindicatos patronales, que se proponen como modelos para los sindicatos obreros.

Sin duda, esta política eliminaría fácilmente una serie de influencias que actualmente dividen a los obreros alemanes. A pesar de su creencia en el Sermón de la Montaña y en la bienaventuranza de los pobres y oprimidos, los mismos obreros cristianos desean tener lo menos posible de esta bienaventuranza. Y los trabajadores de un comercio generalmente estarán más de acuerdo en un pequeño número de demandas inmediatas que en un programa de realización lejana; para entonces las visiones del mundo, las diferentes ideas sobre el desarrollo social difícilmente perturbarán el acuerdo, es una u otra de estas reivindicaciones específicas la que más fácilmente reunirá a los políticos de los diferentes partidos. Pero esta política, como la anterior, sólo conduce a una neutralidad puramente nominal, no a una neutralidad real hacia todos los partidos.

Si se concede una importancia casi exclusiva a los intereses más inmediatos del oficio y de las organizaciones corporativas, las diferencias que surgen de la concepción general de la sociedad, que separa a los trabajadores del comercio, pasan a un segundo plano, mientras que pasan a un primer plano las diferencias que separan a los trabajadores de este comercio en particular de los trabajadores de otros oficios.

Es un hecho que podemos ver particularmente donde las organizaciones de trabajadores logran conquistar una situación privilegiada. Esta situación sólo puede mantenerse si las organizaciones privilegiadas excluyen a la masa de obreros. Estos grupos de obreros buscan, como las corporaciones de antaño, elevarse, no de acuerdo con el proletariado en general, sino a su costa.

Inglaterra, esa tierra prometida de la neutralidad sindical, es una buena prueba de ello. Sólo recordaremos la conocida actitud de los mineros de Northumberland y Durham, que se oponen a la masa de sus camaradas, sobre el día normal de ocho horas, porque tienen el día de siete horas, y encuentran ventajoso que los niños empleados a su lado para empujar los carros trabajen diez horas. Se trata de una política de actualidad que no podría ser más “práctica”, una política de intereses que no podría estar menos disfrazada. Pero tiene como consecuencia no la unidad de los mineros, sino su división sobre el tema mismo de esta política empresarial.

Hué describió recientemente en la *Neue Zeit* los beneficios que el sindicato minero alemán habría obtenido de su política de neutralidad. Estamos demasiado

alejados de la situación de los mineros para poder discernir en la creciente prosperidad de la Unión lo que equivale a su neutralidad y lo que equivale al crecimiento económico. Pero en el mismo artículo, Hué señala “la particularidad del parroquialismo” como una de las grandes causas de debilidad del movimiento minero alemán; a este espíritu estrecho de miras es al que se puede atribuir el fracaso del último intento de huelga. “Los mineros de Silesia y los de la orilla izquierda del Rin están lejos de tener la misma opinión, aunque su situación social es casi idéntica. El minero de Alemania Central piensa en sí mismo tres veces antes de pensar en los camaradas del sur de Alemania.”

Esto es ciertamente una seria desventaja, pero ¿qué es otra cosa que una manifestación de la política práctica actual, de la política pura de interés? Sólo podemos superar el particularismo del parroquialismo ampliando el horizonte del minero, mostrándole cuán estrechamente unidos están sus intereses con los de los otros proletarios, con los de la evolución de la sociedad en su conjunto, lo que sólo es posible admitiendo una cierta teoría social, haciendo propaganda socialista. Si, por otro lado, el sindicato sólo vela por sus intereses inmediatos, las ideas particularistas sólo se desarrollarán entre los mineros, le guste o no a la dirección del sindicato. Esto permitirá que el sindicato obtenga nuevos miembros, pero no beneficiará la disciplina ni la cohesión.

Los mineros son una excepción, ya que la política de asuntos e intereses actuales conduce a discusiones locales entre los propios mineros, lo que no suele ocurrir en otros oficios. Pero para muchos de ellos, esta política tiene la consecuencia de avivar la rivalidad que alguna vez existió en las corporaciones que competían por este o aquel trabajo para el que reclamaban un monopolio. En Inglaterra, hay, o hasta hace poco había, luchas frecuentes entre los trabajadores de diferentes oficios. Webb, en su *Teoría y práctica de los sindicatos ingleses*, dedica un capítulo especial al “derecho a un oficio” en el que flagela esa locura de los obreros organizados que, para quitarles el trabajo a otros obreros, vacían sus cajas en huelgas sucesivas, paralizando su fuerza de resistencia contra el capital o convirtiéndose en “antihuelguistas” para romper la fuerza de un sindicato rival. Es una resurrección de la locura de los gremios feudales, entre los que estallaron interminables guerras entre panaderos y pasteleros que luchaban por el derecho a hornear pasteles, entre zapateros y zapatilleros que querían hacer galochas. En Alemania pensamos que hechos similares sólo podían ocurrir en corporaciones de antisemitas exaltados, cuando los tipógrafos “neutrales” de Kiel nos sacaron del error: no consintieron que un obrero mecánico ajeno a la profesión de la tipografía trabajara en una imprenta. Esto no es una coincidencia. Las tendencias hacia la neutralidad política y la exclusividad corporativa son fruto del mismo árbol, de la política empresarial.

Los vemos, esta política no une a los trabajadores, los divide, no según los partidos políticos, sino según los oficios.

No sólo rompe la solidaridad proletaria, sino que también opone un poderoso dique a la independencia política de los proletarios.

Ya hemos señalado que no es muy difícil interesar a diferentes partidos en una u otra de las reivindicaciones inmediatas de un grupo de obreros en particular, especialmente si esta política actual es tan práctica que se satisface con reformas inmediatas y alcanzables e impone sólo sacrificios insignificantes a las clases dominantes, si no ningún sacrificio en absoluto.

Pero si los miembros del sindicato pueden elegir entre los diferentes partidos disponibles para defender una u otra de sus reivindicaciones inmediatas, lo que parece más práctico es dar preferencia a la persona más fuerte, que tenga el acceso más fácil al

gobierno y que, por lo tanto, esté en mejores condiciones para que esa reivindicación tenga éxito.

Desde el punto de vista de esta política práctica de actualidad e intereses no disimulados, no tiene sentido admitir que los sindicatos deberían llevar sus votos a un partido joven y emergente que no tiene esperanzas de llegar pronto al poder. Para ellos la política es un negocio, pero sólo hacemos negocios con clientes solventes.

Mientras que en toda Europa continental la entrada de los obreros en la arena política ha conducido a la creación de nuevos partidos y a la ruptura de viejos partidos políticos, vemos que en Inglaterra y Estados Unidos, donde los sindicatos dominan la vida política de los trabajadores, donde han inscrito la neutralidad política en su bandera, la vida política persiste en la rutina de los dos principales partidos del pasado, que siguen turnándose para tomar el poder, sin dejar espacio para un nuevo partido, ni siquiera para el partido socialista. El pensamiento socialista se estaba extendiendo rápidamente en Inglaterra y Estados Unidos, como lo demuestra la expansión de la literatura socialista en las últimas décadas, pero el trabajador inglés o estadounidense pensó que el destino del socialismo no se decidiría en las próximas elecciones. Si voto por un socialista, pensó para sí mismo, estoy desperdiciando mi voto, estoy haciendo una demostración pura, pero si voto por un liberal o un conservador, por un republicano o un demócrata, estoy ejerciendo mi parte de influencia en el futuro gobierno. Por lo tanto, no votaré por el socialista, sino por uno de los dos partidos dominantes que, por el momento, me hace esperar más ventajas.

Así es también como razona en ambos estados la gran mayoría de los miembros de los sindicatos que están imbuidos de ideas socialistas; y mientras los obreros lo piensen así, un partido obrero independiente no puede desarrollarse en absoluto. La aparente neutralidad se convierte así en una hostilidad real contra el partido socialista.

Así pues, el examen de la política de intereses no disimulados nos lleva por otro lado al mismo resultado que el examen de la política obrera: o bien esta política es una política socialista con otro nombre y con menos precisión y conciencia, o bien es una política antisocialista. Pero en realidad nunca será lo que sus actuales partidarios en el partido querrían que fuera: un partido que mantiene el equilibrio perfectamente igual entre el partido socialista y los partidos burgueses.

Pero, ¿qué importa si el partido socialista sufre las consecuencias? ¿Es el partido el objetivo de nuestra agitación? se pregunta Elm, ¿no es más bien un medio para un fin: la realización del socialismo? Ahora, ¿cuál es el país cuya organización social es más cercana al socialismo que Inglaterra, que sólo tiene un partido socialista poco desarrollado, pero poderosos sindicatos neutrales, que “han podido formarse, moviéndose entre los dos principales partidos de los liberales y los conservadores, sin favorecer más a uno u a otro, y que han adquirido así una gran influencia, que saben muy bien cómo ponerlos al servicio de sus intereses de clase?”

Es cierto que el partido no es nuestra meta final, que es sólo un medio para alcanzar un fin. Pero la pregunta es esta: ¿Se puede lograr este objetivo sin un partido, sin una organización política autónoma del proletariado?

¡Hoy se dice y se escribe tanto a favor y en contra de la política de partido! ¿Cuál es esta política en última instancia? Un partido político es una organización política, un político de partido es un político que actúa en el marco de una organización; política de partido significa agrupar todas las fuerzas políticas que actúan en la misma dirección en una organización y hacer que cooperen metódicamente. Afirmar que el proletariado alcanzará su meta más rápidamente a través de la política neutral que a través de la política de partido es afirmar que avanzará más rápidamente a través de la desorganización política que a través de una organización política.

No sabemos si esta es la opinión de Elm, pero se diría que sí al ver que está entusiasmado tan pronto como habla de los éxitos logrados por la política sindical inglesa. No compartimos su forma de ver las cosas; por el contrario, creemos que son precisamente los resultados de esta política los que la condenan y muestran claramente que el proletariado no puede prescindir de una organización política autónoma, es decir, de una política de partido.

Si llegamos a resultados distintos de Elm, debemos atribuirlo al método diferente que utilizamos. Comparó la situación del obrero inglés con la del obrero alemán, y la encontró infinitamente mejor; por lo tanto, los obreros ingleses se habrían acercado más al socialismo sin el partido socialista que los obreros alemanes con el partido socialista. Pero el *post hoc* no siempre es *propter hoc*. Si los obreros ingleses están hoy, sin un partido socialista, más avanzados que los obreros alemanes, esto no prueba en modo alguno que este hecho pueda atribuirse a la ausencia de una política de partido socialista.

Elm parece creer que los trabajadores ingleses deben su situación política y social actual exclusivamente a los sindicatos. Nos lo dice con entusiasmo:

“El poder económico que los trabajadores ingleses poseen a través de sus sindicatos es muy considerable, les da una gran influencia en el estado y en la comuna.

En sus grandes corporaciones, los trabajadores ingleses han trabajado poderosamente por su propia educación, y esto es muy importante para mí: las instituciones democráticas que han creado para su propia administración han sido probadas en la práctica, y el obrero inglés se ha vuelto así mucho más capaz de administrarse a sí mismo que el obrero de cualquier país. En una palabra, la democratización ha alcanzado tal grado en Inglaterra que los alemanes nos sentimos confundidos cuando comparamos nuestras libertades políticas con las del pueblo inglés.”

¡Maravilloso razonamiento! Esta última frase podría haberse escrito hace cien años, incluso hace doscientos años, cuando aún no había el más mínimo rastro de sindicatos ingleses.

Elm no es, por otra parte, muy exigente, ¡si la influencia de los trabajadores ingleses en el estado le impone tanto! Si consideramos el desarrollo económico de Inglaterra, tan acelerado que produjo, hace más de cincuenta años, un gran malestar obrero, mientras que el proletariado alemán intentaba tímidamente dar sus primeros pasos; si consideramos que el proletariado inglés, relativamente más numeroso que cualquier otro, fue capaz de desarrollarse en completa libertad de movimiento y organización sin ser obstaculizado por una fuerte clase de campesinos conservadores y pequeña burguesía, encontraremos un poco de debilidad en la influencia que adquirieron los obreros ingleses en el estado.

Incluso hoy en día, no todos los obreros ingleses tienen derecho a votar. Alrededor de dos millones de obreros de la edad requerida se ven privados de ese derecho; incluso hoy en día, los miembros del parlamento no reciben ninguna compensación, incluso hoy en día una campaña electoral es cara para el candidato; debe pagar todos los gastos oficiales y debe proporcionar una garantía al presentarse como candidato a un cargo público. En muchas circunscripciones, los gastos electorales ascienden a 37.500 francos por candidato. Una organización fuerte del partido socialista podría, si fuera necesario, superar este obstáculo para algunos candidatos proletarios (para 100 candidatos estos costes electorales ascenderían a millones). En ausencia de tal organización, el parlamentarismo es un lujo que sólo los ricos o sus protegidos pueden permitirse. Por lo tanto, no existe un parlamento moderno en Europa donde el elemento

proletario esté menos representado que en el parlamento inglés. Incluso en Italia hay tres veces más representantes del proletariado que en el parlamento inglés, sin mencionar que los diputados proletarios de todo el mundo forman una organización independiente, mientras que en Inglaterra sólo podían entrar al parlamento bajo la máscara del liberalismo burgués, como apéndice de un partido capitalista.

Si los obreros ingleses aceptan pacíficamente esta situación, si la encuentran natural, no es de extrañar que toleren una cámara alta, que no es un senado como el francés o el norteamericano sobre los que la población puede ejercer influencia a través de nuevas elecciones, sino que es una asamblea de momias privilegiadas, similar a la de algunas cámaras de los señores de un país semiasiático. Y esta cámara paritaria no existe sólo por la forma; de vez en cuando se nota por la energía con la que pretende frenar cualquier política de reformas seria. En 1883 y 1894 rechazó sistemáticamente todas las medidas de reforma del ministerio liberal votadas en la cámara baja: entre ellas había algunas muy importantes para los obreros. Los lores podían hacerlo con impunidad. Las siguientes elecciones trajeron una abrumadora mayoría a los conservadores, partidarios y protectores de la mayoría de su cámara alta².

Si la gran influencia de los obreros ingleses en el estado debía manifestarse en cualquier parte, es en la legislación laboral. Es en este ámbito en el que la política de actualidad práctica debe triunfar en la práctica, donde la política de puro interés debe triunfar por encima de todo. Pero la clase obrera inglesa, que gracias a la agitación cartista conquistaba, hace más de cincuenta años, la jornada de diez horas, desde que se convirtió en política neutral, sólo ha obtenido victorias mediocres, si no tenemos en cuenta la extensión de las normas de protección ya concedidas a nuevas categorías de obreros. Los tiempos ya no son los que eran, cuando los obreros ingleses eran los campeones del proletariado internacional y cuando la legislación laboral en Inglaterra era un ideal para todas las políticas socialistas, para todos los órganos de la clase obrera. En muchos países, la legislación laboral inglesa queda anticuada en aspectos importantes. Todavía no existe una limitación general de la duración de la jornada de los adultos en Inglaterra, como ocurre en Suiza, Austria e incluso hoy en día en Francia (para determinadas categorías de fábricas). El último progreso social de cualquier importancia en Inglaterra es (¡escuche y admire!) que desde el 1 de enero de este año (1900) está prohibido emplear a niños menores de doce años de edad. Hasta 1893, se permitía aceptar a niños de diez años en talleres y fábricas. En las minas, los niños todavía pueden agotarse trabajando diez horas. Admirables resultados de la gran influencia que los trabajadores ingleses han adquirido en el estado.

Las clases dominantes en Inglaterra se ven obligadas a hacer algunas concesiones a los obreros en el tema de la legislación laboral para mantener sus votos, pero en todas las demás áreas de la política oficial su influencia es absolutamente nula. Se puede decir que la clase capitalista nunca, en ninguna parte, ha ejercido una soberanía tan absoluta como la que ejerce hoy en Inglaterra. No encuentra allí, como en otras partes, el contrapeso de una clase obrera bien unida, políticamente independiente y que sabe lo que quiere. Tampoco encuentra, entre las clases poseedoras, elementos agrarios lo suficientemente importantes como para restringir su poder, como ocurría

² Desde entonces, su opinión ha encontrado una confirmación inesperada en las sentencias dictadas por los lores en el verano de 1901 en la causa del ferrocarril Taff-Vale y en el juicio Quinn contra Leatham. Estas dos sentencias constituyen precedentes jurídicos muy desfavorables para los sindicatos; de hecho, hacen que el sindicato sea responsable financieramente de cualquier daño causado a un tercero por el sindicato o uno de sus funcionarios. Hace veinte años, los trabajadores ingleses se habrían levantado con indignación contra esta imprudente provocación. Hoy siguen eligiendo a los partidarios de estos mismos señores, que intentan, en la lucha contra el capital, protegerlos y amordazarlos.

hace unos treinta o cuarenta años. Los conservadores en Inglaterra se están convirtiendo cada vez más en un partido capitalista, ya que la agricultura ha dado paso cada vez más a la industria, y los terratenientes no tienen ninguna esperanza de recuperarse a expensas de los beneficios y los salarios industriales. Sólo participando en los beneficios de la industria, en los ingresos de la tierra cada vez mayores de los solares, en el saqueo de países lejanos por la política colonial, pueden reparar las pérdidas sufridas en la renta de la tierra de sus tierras. En Inglaterra, casi no hay más conservadores como en Alemania. El Partido Conservador es ahora un partido capitalista más poderoso que nunca, no tiene una oposición seria ni en el parlamento ni en el país.

A este poder en el parlamento acaba de unirse el poder en la prensa. Dados los recursos del capital, una prensa grande e independiente sólo puede ser formada y apoyada por una poderosa organización política del proletariado. El proletariado que renuncia a su política de partido, renuncia al mismo tiempo a tener una prensa grande e independiente. Así, gracias a la política de neutralidad de los sindicatos ingleses, la prensa, al igual que el parlamento, ha pasado completamente a manos del capital. Y es esta prensa venal y esclavizada la que forma y dirige la opinión de las masas populares sobre todos los asuntos que no sean de interés inmediato. Para todos los grandes problemas que requieren una visión más amplia, una comprensión más profunda de las relaciones sociales, el pueblo inglés ha seguido ciegamente en los últimos años a los jefes de camarillas que el capital mantiene en el parlamento y en la prensa. La actitud de la mayoría de los obreros ingleses en la guerra de Sudáfrica es una prueba contundente de ello.

En ninguna parte es el capital más absolutamente dominante en la política que en Inglaterra, en ninguna parte es el proletariado más dependiente en la política. Sin embargo, Elm encuentra que ningún país está más cerca del socialismo que Inglaterra, que en ninguna parte el proletariado ha alcanzado un mayor grado de “autogobierno” democrático. Ciertamente, las condiciones materiales necesarias para el desarrollo del socialismo se cumplen mejor en Inglaterra que en cualquier otra parte; pero la madurez política de los obreros, lo único capaz de desarrollar en la dirección del socialismo estas condiciones previas, está cada vez más ausente entre los obreros ingleses, y en este sentido dan paso al proletariado del resto de Europa.

Nadie lo siente más amargamente que los socialistas ingleses, que no comparten la satisfacción de Elm. Hace sólo unos años Bernstein escribió un artículo en la *Neue Zeit* sobre el futuro de los trabajadores ingleses: “Los conservadores tendrán que hacer concesiones a los obreros en un campo u otro, pero en resumen serán muy escasas, y estos señores utilizarán todas las excusas posibles para no emprender “cambios constitucionales”. ¿Podemos culparlos, si los obreros esperan pacientemente las reformas, en lugar de luchar por ellas? El obrero inglés, dijo un socialista inglés de mal humor, es un mendigo de la política, es decir, está acostumbrado a recibir limosnas políticas, y un mendigo debe estar satisfecho con lo que se le da. La situación ya no es tan mala, pero todavía hay espacio para muchas mejoras”. (*Neue Zeit*, XIII, 2, página 438).

No encontramos aquí la confianza con la que Elm se jacta de la “gran influencia” que los obreros han adquirido en el estado gracias a su hábil política de balanceo.

Mencionemos aquí de nuevo a los fabianos ingleses: su estribillo es que debemos desesperar del proletariado inglés, cuyo “conservadurismo burgués” consideran insuperable, que ya no espera nada de su iniciativa política. Por eso se dirigieron a la burguesía idealista, a los liberales radicales, para penetrarlos con el espíritu socialista. Su propio socialismo se volvió aún más tibio, de hecho, cuando

trataron de hacerlo aceptar por la burguesía. Pero el poder político del liberalismo se ha debilitado aún más que el socialismo fabiano; el partido liberal es ahora una sombra, ya no vale la pena impregnarlo de socialismo ni nada.

Las tácticas de las otras organizaciones socialistas son lo contrario del error de los fabianos. Partiendo de la idea de que los obreros nunca votarán por candidatos socialistas, mientras puedan seguir esta política de cambio entre liberales y conservadores, una política tan admirada por Elm, algunos socialistas ingleses consideran necesario deshacerse del partido liberal, y para ello a veces han apoyado en las elecciones a conservadores cuyo poder ya es muy grande.

Esto parece tan absurdo para los socialistas del continente como las tácticas de los fabianos. Pero en ambas tácticas sólo encontramos un reflejo de la absurda política de neutralidad de los sindicatos ingleses. Como hasta ahora hemos sido preservados de ésta en Alemania, no tenemos que lidiar con ella.

Finalmente, varios sindicalistas, disgustados con la corrupción causada por la política de neutralidad, se reunieron con los socialistas ingleses para fundar un partido obrero autónomo y así lograr una política de partido independiente. Nos parece que ésta es la única salida posible al callejón sin salida en el que los sindicatos se han adentrado. Pero no debemos esperar conseguir grandes resultados prácticos rápidamente. La política de puro interés ha contaminado tanto al mundo sindical inglés que difícilmente se puede esperar que dé un paso firme y decidido en esta nueva dirección.

En cualquier caso, el hecho de que las grandes aglomeraciones sindicalizadas busquen este camino y sientan la necesidad de emprenderlo demuestra claramente que ellas mismas han reconocido la esterilidad de la política de neutralidad.

Es una singular ironía de la historia que algunos de nuestros miembros sindicales intenten introducir la política de neutralidad en nuestro país ofreciéndonos a Inglaterra como modelo, en el mismo momento en que aquella amenaza con quebrar allí.

IV

Hemos visto que cuando los sindicatos se dedican a la política, en realidad se dedican a la política socialista o antisocialista, que no pueden mantener una neutralidad real hacia el partido socialista, que su neutralidad sólo puede ser aparente.

Por otra parte, ya hemos demostrado al principio de este trabajo que la dirección del movimiento sindical tiende en todas partes a acercarlos cada vez más al partido obrero. Esta tendencia está fuertemente motivada por circunstancias que no operan menos en Alemania que en otros lugares.

La neutralidad política, o mejor dicho, la indiferencia política de los sindicatos, se remonta a los años 1850-1875, cuando la industria inglesa había florecido con más éxito bajo la influencia del libre comercio y la competencia. El sindicato era entonces un medio, al menos para un cierto número de gremios, de oponer una apretada falange de asalariados a los empresarios, divididos por su propia competencia y por la competencia extranjera; el sindicato equilibraba así la preponderancia del capitalista sobre el obrero aislado. Parecía que haría de los obreros los iguales de los capitalistas; que los introduciría en la burguesía, los reconciliaría con ella y los mantendría alejados de las “utopías” socialistas.

Pero todos estos hermosos resultados que se esperaban de la acción sindical están desapareciendo cada vez más, incluso en Inglaterra. Porque la larga crisis que duró de 1876 a 1887 trajo la bancarrota si no del capitalismo, al menos sí de la teoría de Manchester, de la fe en los felices resultados del libre comercio y la libre competencia. Los capitalistas tendrán de ahora en adelante otro ideal: el monopolio interno y externo, los derechos de protección y la fuerte alianza de empresarios. Esto también cambia los puntos de vista y la posición de los sindicatos. A las filas cerradas de obreros en un oficio se enfrentan ahora las filas cerradas de sus explotadores, y la proporción de fuerzas entre obreros y empresarios que alguna vez existió entre el obrero aislado y el empresario se está reproduciendo a una escala mayor.

Incluso ahora (1900), en un período de prosperidad, este fenómeno es muy fácil de observar. Gracias a las coaliciones de empresarios, todos los frutos del gran desarrollo de la industria han caído casi exclusivamente en manos de los capitalistas. Los precios de todos los productos básicos han aumentado más que el del trabajo del obrero. Este trabajo ha sido más considerable, más regular, pero aparte de eso los proletarios no han recibido ningún beneficio material de este gran desarrollo industrial, a pesar del progreso de la organización sindical.

Incluso los teóricos, poco sospechosos de “ortodoxia” marxista, ven a los sindicatos seriamente amenazados por las asociaciones de empresarios.

He aquí lo que el Sr. y la Sra. Webb dicen sobre este tema en su libro sobre *Teoría y práctica de los sindicatos ingleses*:

“Si toda la industria está en manos de un gran empresario, o está dividida entre un pequeño número de empresarios no competidores (y especialmente si el monopolio está protegido de alguna manera frente a nuevos rivales), entonces el sindicato reconoce que sus métodos de seguros mutuos y convenios colectivos no le sirven de nada. Esto se aplica, por ejemplo, a los principales ferrocarriles

del Reino Unido y a algunos de los principales trusts capitalistas de los Estados Unidos.

Frente a los infinitos recursos, la clientela proporcionada por el monopolio, la absoluta unidad de dirección de estos modernos leviatanes de la industria, el pobre cuarto de millón del sindicato más rico y la revuelta de uno o doscientos mil obreros testarudos y exasperados no producen más efecto que las flechas que se lanzarían contra un acorazado. En tales casos, sólo de la legislación se puede esperar leyes generales, *comon rule*, la mejora de las condiciones de trabajo; a los sindicatos que luchan contra intereses tan poderosos les resultará muy difícil obtener esas leyes, pero una vez que sean logradas, serán fáciles de aplicar y hacer cumplir, gracias a la buena organización de la industria. Por lo tanto, podemos aceptar que la excesiva concentración de la industria en fideicomisos y monopolios arruinará a los sindicatos destruyendo todos sus esfuerzos o los llevará a utilizar su influencia casi exclusivamente a favor de la legislación.” (II, página 93)

En el segundo caso se prepara, además, la ruina de los sindicatos. Un sindicato que sólo juega a la política se vuelve completamente inútil. Un partido político desempeñará esta función mucho mejor que un sindicato. Si Webb fuera socialista en lugar de fabiano, habría sacado esta conclusión de su presentación: El desarrollo de la industria llevó a la decadencia de los sindicatos y a su sustitución por un partido de los obreros.

Sin embargo, esta no es nuestra opinión; el desarrollo industrial no arruina a los sindicatos, y no les obliga a hacer nada más que política; pero les obliga a renunciar a su aislamiento, o lo que equivale a lo mismo, a su política de neutralidad.

Sigue creciendo el número de estos gremios cuyo sindicato aislado, separado del resto del proletariado, indiferente, “neutral” hacia él, es totalmente incapaz de apoyar a su corporación en una gran lucha contra los empresarios, y se ve obligado a recurrir a todos los medios de lucha disponibles para el proletariado en masa; no se trata de renunciar a la acción sindical aislada y exclusiva para dedicarse exclusivamente a la política; por el contrario, se trata de unir la acción sindical con la acción política, se trata de unir los medios de presión de que dispone el sindicato con los del partido político. Pero entre estos últimos medios, no sólo hay medios parlamentarios, aunque sean los más importantes y eficaces durante más tiempo. Además de los representantes del partido en el Reichstag y el Landtag, también hay representantes del partido en las administraciones municipales y en la prensa.

Los propios impresores “neutrales” se vieron obligados, en 1891-92, a recurrir al partido socialista en busca de ayuda durante su larga huelga. Si hay una clase de obreros que no tiene esperanza de luchar victoriosamente contra la organización de empresarios, a través de su organización sindical, es la clase de mineros con tendencias neutralistas. Para estos obreros (y también para los ferroviarios de Prusia) es mucho más importante elegir diputados socialistas para el Landtag prusiano que intentar unir, sin muchas esperanzas de éxito, a colegas ultramontanos a la causa del sindicato, disfrazando a los socialistas de amigos inofensivos de los obreros. Por otro lado, los diputados socialistas en el Landtag prusiano nos harían una propaganda mucho más efectiva entre los mineros hostiles de lo que cabría esperar de la más estricta neutralidad. La razón por la que damos tanta importancia a las elecciones al Landtag prusiano se debe principalmente a los mineros y a los trabajadores ferroviarios que reclaman con tanta insistencia una “política de partido” de este tipo.

No es la distancia de los sindicatos del partido socialista, sino una acción conjunta cada vez más íntima de estos dos elementos lo que el desarrollo industrial hace

cada vez más necesaria. Esta táctica no está en absoluto en contradicción con la naturaleza del movimiento sindical; para demostrarlo, basta con mirar a Austria, cuyos sindicatos han celebrado recientemente su último congreso. Tomamos prestada del informe de la comisión de asuntos sindicales esta observación positiva de que entre 1892 y 1899 el número de miembros de los sindicatos austriacos aumentó de 66.080 a 157.773; por lo tanto, se ha duplicado con creces. La circulación anual de la prensa sindical ha aumentado aún más. En 1894 era de 930.600 números, en 1899-1900 de 4.624.300, por lo que se ha más que cuadruplicado en pocos años.

“El informe, en su conjunto, concluye el comité sindical, muestra de manera abrumadora que el movimiento sindical está avanzando de manera constante, lo que es el resultado de los esfuerzos conjuntos de las fuerzas que ejercen la acción sindical y política”. El mismo informe también afirma: “Es la fuerza invencible de la idea socialista la que derrota todos los intentos de la burguesía de arrastrar a la clase obrera detrás de ella, la que mantiene pura la lucha de clases proletaria, y la que hace avanzar la organización obrera”.

En el artículo en el que la *Arbeiterzeitung* de Viena acoge el congreso (10 de junio), hace esta observación:

“En su dolorosa lucha diaria contra los empresarios, en la que los resultados más modestos a menudo se logran sólo con el mayor esfuerzo, los obreros organizados de Austria no olvidan que un gran ideal los llama a esta lucha sublime. Liberar a los proletarios del trabajo asalariado que los esclaviza, fundar una sociedad solidaria que garantice que todos reciban el producto de su trabajo, este es el objetivo que buscan con un incansable esfuerzo para acercarse a él. *Los sindicatos austriacos son socialistas*: este es el hecho que pondrá fin al engaño de la demagogia burguesa. No es imposible organizar una reunión cuidadosamente vigilada de unos pocos cientos de hombres gritando para estar juntos en un partido obrero “nacionalista” o “cristiano”. Pero son los sindicatos socialistas los que nos hacen conscientes de los sentimientos e ideas de las masas obreras en Austria. Y al mismo tiempo se dejó caer la calumnia que afirmaba que el partido socialista no representaba la causa de los obreros, y que sólo era profesada por sus dirigentes. Los representantes de los trabajadores organizados, que se reunirán el lunes, son socialistas como quienes los delegaron. Y porque creen en el gran futuro del proletariado, en la verdad de su ideal, sienten el valor de luchar con alegría hoy para ganar modestas ventajas que sólo tendrán todo su significado y todo su valor en las próximas luchas.

Estas son las ideas a las que pertenece el futuro, no los tímidos disfraces de los candidatos socialistas como “amigos de los obreros”, de la política socialista a la “política obrera”.

Pero no imaginemos que una alianza estrecha entre los sindicatos y el partido socialista se haga completamente en beneficio de los primeros. Esto no es así: el partido socialista necesita la ayuda de los sindicatos tanto como ellos necesitan al partido, y si el desarrollo económico invita a los sindicatos a depender cada vez más de la política del partido, este desarrollo también empuja al partido político a buscar el apoyo de los sindicatos.

Las ventajas políticas que el proletariado ha adquirido hasta ahora no sólo se deben a su fuerza, sino también y sobre todo, por un lado, a la oposición entre ellos por parte de los partidos dominantes, que buscan ganarse al proletariado, y, por otro, a la fuerza de la pequeña burguesía democrática. El proletariado inglés debe la jornada de diez horas y la ley electoral, en gran parte, al antagonismo entre la propiedad de la tierra y el capital industrial; el sufragio universal nació en Alemania de una oposición similar;

en Francia, la república fue conquistada y mantenida por el proletariado unido a la pequeña burguesía radical.

Pero a medida que el proletariado gana fuerza, todos los elementos que hasta ahora han fomentado el progreso político desaparecen. La oposición entre la propiedad de la tierra y el capital está disminuyendo visiblemente, al mismo tiempo que se demuestra más claramente su oposición común al proletariado, y la pequeña burguesía arruinada se lanza en brazos de la reacción.

Es cierto que para el proletariado políticamente autónomo, la cuestión de las alianzas temporales es cada vez más importante, pero precisamente porque la democracia burguesa está decayendo cada vez más, es cada vez más incapaz de resistir los ataques de los reaccionarios con sus propias fuerzas, porque tiene una necesidad cada vez más urgente de la ayuda del proletariado. Sería un error considerar estas alianzas como un medio para lograr grandes ventajas políticas. Podemos estar satisfechos si, gracias a ellas, podemos detener el preocupante avance de la reacción. Quieren que creamos que estamos en una era de progreso democrático ininterrumpido, pero todas las grandes victorias que acogemos con tanta alegría se limitan en última instancia a evitar un revés (rechazo del derecho de coalición, la Ley Heinze, etc.).

Ciertamente, todavía no es posible decir que nuestros oponentes forman una masa compacta reaccionaria, pero es cierto que las fuerzas burguesas que hasta ahora han estado al servicio del progreso están disminuyendo, y que el proletariado tendrá que depender cada vez más y más exclusivamente de sí mismo.

Cuanto menos tiene que esperar de las divisiones de sus oponentes, más debe reunir todas sus fuerzas contra ellos para una acción común y metódica. Su lema debe ser la concentración, no la neutralización o el aislamiento de sus fuerzas. Si la acción política puede apoyar la acción sindical, también es posible lo contrario; los sindicatos pueden apoyar la acción política mediante la propaganda, pero proporcionando ayuda material, en hombres y dinero, y finalmente utilizando los medios de presión más decisivos, *la huelga*. La huelga general, tal como la entienden los anarquistas, esa huelga de todos los asalariados, decretada en un día fijo para hacer superflua la acción política y destruir la sociedad capitalista a la vez, nos parece una locura, pero creemos, sin embargo, que, en ciertas circunstancias, una huelga generalizada puede ser muy adecuada para apoyar una gran acción política. El rechazo del trabajo puede convertirse para el proletariado en lo que el rechazo de los impuestos fue para la burguesía. Por supuesto, es sólo un recurso extremo, pero una política orientada al futuro debe preverlo todo.

Nuestra vida política no siempre será tan tranquila como lo es hoy en día; esta calma no se justifica por el continuo progreso; todas las cuestiones graves de política interior y exterior se posponen, lo que sólo las agrava al complicarlas, hasta el día en que conduzcan a luchas más violentas.

Incluso en tiempos en que la vida política es pacífica, un poderoso movimiento sindical, la creación de un proletariado inteligente capaz de luchar, es de la mayor importancia para el movimiento político, porque son los sindicatos los que proporcionan a la lucha política del proletariado sus mejores elementos: el espíritu que los anima pasa al movimiento político, y viceversa.

De hecho, muy a menudo son los mismos hombres los que actúan aquí y allá, y por esta razón los dos movimientos de los sindicatos y del partido socialista, dondequiera que abracen a la masa de proletarios capaces de luchar, no son dos movimientos diferentes, paralelos e independientes entre sí, sino dos aspectos del mismo movimiento, la lucha por la emancipación del proletariado. Como tercer aspecto de esta lucha, también podemos señalar al movimiento cooperativo, que tampoco puede

permanecer siempre neutral; naturalmente tendremos que utilizarlo tarde o temprano para la lucha común, como los camaradas belgas han entendido tan bien.

Pero la lucha por la emancipación proletaria en estos diferentes aspectos sólo puede concentrarse si en todas partes tiene el mismo objetivo: la liberación de los proletarios del trabajo asalariado, cuando esta meta desaparece de la conciencia del proletariado militante, los elementos de disociación toman el control, y cada asociación de trabajadores ya no siente la necesidad de solidarizarse con todas las demás, los sindicatos y las cooperativas se neutralizan, se aíslan, se convierten en simples empresas comerciales y la base sobre la que se podría organizarse un movimiento de clase proletaria políticamente autónomo se derrumba.

La meta final no es sólo un sueño de futuro, sino que determina la orientación práctica del devenir proletario, le da fuerza, entusiasmo, unidad y disciplina. Por otra parte, el mundo de los obreros es tanto más accesible al socialismo cuanto que la actividad sindical (y ocasionalmente la actividad cooperativa) está más estrechamente relacionada con la actividad política independiente.

No debemos temer que en este sentido la situación del proletariado alemán empeore. En todos los países no existe una tendencia a apartar la acción política de la acción sindical, sino, por el contrario, a reforzar su cohesión. Las causas que determinan esta tendencia, tanto en Alemania como en otros lugares, son generales y constantes, mientras que la corriente contraria sólo tiene razones temporales y locales de ser; así que aquellas tendencias generales acabarán prevaleciendo en nuestro país. Si no tenemos que temer que los intentos de neutralización lleven a la separación de un gran número de sindicatos del movimiento socialista (se hablará aquí y allá a favor de la separación, pero no se conseguirá), no dejarán de ser, sin embargo, ineficaces, a lo sumo tendrán este resultado: que los sentimientos y necesidades de los obreros cristianos serán tomados en cuenta, que serán tratados no como adversarios, sino como hermanos por dondequiera que caminen con el proletariado comprometido en la lucha de clases, en vez de atacarlo por detrás como el sedicioso del capital.

No olvidemos que esta es la actitud adoptada no solo por los sindicatos, sino también por el partido socialista. No sólo en su programa, sino en su aplicación también, pide que la religión se convierta en una institución privada: ha admitido a los pastores Blumhardt y Göhre, sin preocuparse por sus creencias, y siempre que los obreros luchan contra el capital, no les pregunta a qué partido pertenecen; apoya con la misma dedicación a los llamativos empleados realistas de los tranvías y a los tejedores ultramontanos: si todo esto fuera irreconciliable con la “política de partido”, el movimiento del partido socialista, al igual que el movimiento sindical, dejaría de hacer política partido, lo que nadie se atrevería a apoyar.

En nuestra opinión, esto es todo lo que producirán las tendencias de neutralización sindical; sin embargo, responden a una necesidad demasiado arraigada como para triunfar contra ella completamente siempre y cuando grandes masas de obreros católicos sean hostiles al partido socialista al mismo tiempo que crean un movimiento sindical. Por otro lado, todos los esfuerzos por neutralizar el movimiento sindical alemán serán vanos una vez que el partido socialista se haya establecido definitivamente en las regiones industriales que actualmente son ultramontanas. Porque ya no son los tiempos en los que se produjo el tipo de obrero aristocrático neutral en Inglaterra, y esos tiempos nunca volverán.



Nuestro catálogo

- Alarma. Boletín de Fomento Obrero Revolucionario. Primera Serie (1958-1962) y números de Segunda y Tercera Serie (1962-1986)
- Amigo del Pueblo, selección de artículos del portavoz de Los Amigos de Durruti
- Armand, Inessa
- Balance, cuadernos de historia del movimiento obrero internacional y de la guerra de España
- Balius, Jaime (Los Amigos de Durruti)
- Bleibtreu, Marcel
- Broué, Pierre. Bibliografía en red
- Comunas de París y Lyon
- Ediciones Espartaco Internacional
- Frenca, Cintia y Gaido, Daniel
- Heijenoort, J. Van
- Just, Stéphane. Bibliografía en red (en francés)
- Mehring, Franz
- Murphy, Kevin
- Obras completas de G. Munis
- Obras escogidas de G. V. Plejánov
- Obras escogidas de Karl Kautsky
- Obras y escritos de Stéphane Just
- Obras, textos y artículos de Agustín Guillamón
- Parvus (Alejandro Helphand)
- Rakovsky, Khristian (Rako)
- Rühle, Otto
- Textos de apoyo
- Varela, Raquel, et al. - El control obrero en la Revolución Portuguesa 1974-75

El catálogo de nuestro sello hermano

Edicions internacionals Sedov



- *Años 30-40: Materiales de la construcción de la IV Internacional*
 - *Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal*
- *La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1918*
 - *La lucha política contra el revisionismo lambertista*
 - *Lenin: dos textos inéditos*
 - *León Sedov: escritos*
 - *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*
 - *Obres escollides de Lenin en català*
 - *Obres escollides de Rosa Luxemburg en català*
 - *Rosa Luxemburg en castellano*
 - *Trotsky inédito en Internet y castellano*
- *Años 30 : Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España*